

Suele incluirse a esta artista entre los ceramistas, cuando lo lógico, lo exacto, es relacionarla con los escultores, aunque su materia habitual y casi única sea la cerámica, el gres de gran fuego; aquello que ha sido tierra y de la tierra parte, para ser posteriormente materia durísima, con o sin superficies pulimentadas por los esmaltes que reciban.

Probablemente influyó en la vocación artística de Elena Colmeiro el ambiente vivido en familia, pues es hija del gran pintor porteño Manuel Colmeiro. Sin embargo su vocación se concreta en Buenos Aires, donde la familia está emigrada. Allí la joven que aún no ha cumplido los veinte años trabaja con Fernando Arranz, otro español emigrado. Debíó ser el de Arranz un magisterio excelente, porque Elena se suelta hacia su propio concepto de la forma y un año después consigue su primer galardón importante. Y ya no cesarán, a ambos lados del Atlántico, siempre en un ambiente familiar plástico, puesto que cuando abandona el hogar paterno se casa con el escultor Jesús Valverde.

La escultura de Elena Colmeiro es la danza de la curva en el espacio. Sus formas, de una rotundidad absoluta contienen, sin embargo, esa presentible arosidad del

ambiente, de la que se adueñan, de manera que forme parte de la escultura, cuya imagen será diferente según el lugar donde la figura se halle.

Las formas de Elena se ondulan y esponjan; se pliegan y extienden; se desarrollan desde sí mismas, siempre con una vaga referencia real aunque con una fortísima dosis de abstracción dentro de la máxima sencillez. Un poco lo que, por caminos distintos, por eminentemente barrocos, hizo el genial Alberto Sánchez.

Elena está más cerca de un picasismo de transición a partir del momento en que el cubismo formal lo da por superado el malagueño. Y conste que hablamos del pintor, no del escultor y mucho menos del ceramista Picasso. Nuestra artista ha contemplado el pasado remoto, el de las culturas mediterráneas vislumbradas en testimonios fragmentarios, y de él ha partido, para maridar lo milenario con lo actual. Preocupada por la apariencia formal de las cosas, las texturas de estas piezas son tan fundamentales que cada una parecerá tantas como luces diferentes reciba.

Importan las porosidades; la leve rugosidad áspera de estas arcillas o arenas que el fuego ha resquebrajado un punto, de

manera que incisiones, hendiduras, pequeños cráteres conformen y contrasten con las partes esmaltadas, en las que puede discurrir el chorretón en un amarillo dorado o en un rojo desvaído. Se da aquí la paradoja de la apariencia de fragmento roto como meta buscada. Se da la línea curva sucedida por la ondulada o la quebrada, de manera que los perfiles lleguen a silueta, y convexidades o concavidades se conjuguen para finalmente adelgazarse y rematar en agudizaciones atemperadas.

El resultado es de una extraña y atrayente belleza, capaz de una más intensa identificación entre obra y contemplador a medida que la contemplación es más continuada, si sabemos hacerla a un tiempo total y pormenorizada. Porque nada en esta escultura es improvisación. Por el contrario, parte de un concepto estructuralista, en el que cada cosa, detalle o parcialidad, está en función del todo y es inentendible sin esa correlación.

Emocionante, misteriosa belleza de lo complejo y razonado, llevado formalmente a lo en apariencia sencillo y elemental.



COLMEIRO, Elena. "Caracola", cerámica (colección particular).